MANUEL LINARES RIVAS

AIRE DE FUERA

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

AIRE DE FUERA

AIRE DE FUERA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid, el 31 de Marzo de 1903, en el beneficio de D. Fernando Díaz de Mendoza.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1905

A Fernando Díaz de Mendoza

Querido Fernando: mi vida no volverá á encontrarse envuelta en mayor tragedia. Aquella noche del 31 de Marzo, mi primer espanto de la muerte y mi primer visión de la gloria, tiene que ser eterna en el recuerdo.

Y es justo que lo más grande de mi vida vaya asociado á lo más grande del arte, personificado en usted.

No le dedico á usted, pues, mi comedia, sino mi recuerdo del 31 de Marzo de 1903.

Manuel Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CARLOTA	Sra.	Guerrero.
MAGDALENA		Socías.
ROSARIO		Villar.
BLANCA		Colorado.
BALTASAR	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
GERARDO		Cirera.
GREGORIO		Medrano.
EDUARDO		Díaz de Mendoza (M.)
FRANCO		Carsí.
JUAN		Perrín.

Criados y criadas

La acción se supone en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Decoración de saloncito elegante que servirá para los otros dos actos. Al levantarse el telón, la escena está sola; entra por la izquierda un criado, enciende una luz; otro criado, trae un servicio de café. Salen los dos. Vuelve uno con botellas y copas que coloca en una mesita. Al retirarse, enciende las demás luces.

ESCENA PRIMERA

Por la izquierda, entran CARLOTA del brazo de GREGORIO, MAGDALENA del de GERARDO. BLANCA entre BALTASAR y EDUARDO. Magdalena se sienta, Gregorio también, aparte, Gerardo al lado de la chimenea, de pie. Eduardo con las señoras que sirven el café, Baltasar pasea

CAR. (A Gerardo sirviéndole azúcar.) ¿Tres?

BLAN. ¿Magdalena?

MAG. Dos terrones... (Eduardo le lleva la taza á Magdalena.)

GRE. Mi butaca. (A Blanca que le acerca una mesita volante.) Mi café... (A Carlota que le lleva el café.)

BLAN. (Riéndose y sirviéndole.) Mi copita...

BALT. (Ofreciéndole su petaca.) Y mi cigarro. (A Eduardo.) ¿Tú también querrás?

EDU. Este mes no fumo: estoy haciendo economías.

BALT. A este precio...

EDU. No; podría quebrantar mi irrevocable resolución.

BALT. Como quieras. (Va al lado de Magdalena.)
BLAN. (A Gerardo.) Cognac... chartreuse. .
GER. Nada.
BLAN. (A Eduardo.) ¿Y tú?
EDU. Cognac. (A Baltasar.) Baltasar.... pensándolo bien, dame el cigarro. Empezaré de fijo el mes que viene con los ahorros. Además que en este no puedo economizar ya porque no tengo un cuarto. Verdad que estamos á nueve... y á estas alturas se me acaban los fondos siempre...
GRE. Ahora, si quereis, murmuraremos un poco ..
EDU. Precisamente tengo que contaros una hazaña de la ministra.
BLAN. Toma el café primero, Eduardito.
EDU. Como tú dispongas, Blanquita.
BLAN. Y no seas mala lengua, Ito.
EDU. No tengas cuidado, Ita. Como de costumbre, nada más.
GRE. La gente ahora hace las cosas de un modo que suprimen los comentarios. Basta con referirlas para que resulten sabrosas.
CAR. Qué frío está esto, ¿verdad?
GER. No hay la atmósfera del comedor, pero vamos.
BALT. (Siempre cariñoso.) Me parece que estás algo destemplada. ¿Quieres un poco de tila?
BLAN. Te la voy á traer.
CAR. Si estoy bien...
BLAN. Daño no te ha de hacer... (Mutis izquierda.)

ESCENA II

DICHOS menos BLANCA

BALT. Llevas todo el día quejándote.
CAR. No seas aprensivo.
GRE. Eso es un marido. Once años de cadena, y atortolado porque la mujer tiene frío.
EDU. Le gustaría con mayor temperatura.
BALT. (Riéndose) No seas desvergonzado, Eduardito.
EDU. Dispensa... pero esto lo hubiera podido de-

cir don Gerardo en cualquiera congregación de esas que presiden sus amigos.

GER. No respeta ni los concordatos.

EDU. Porque soy liberal, y ya sabe usted que lo liberal es no respetar nada... Qué ganas tengo de que vengan los míos.

BALT. ¿Y cuáles son los tuyos?

EDU. Los que me den algo.

MAG. Si te hiciera caso Amparito...

EDU. Una mujer pequeña, flaca y afilada como cuchillo de postre ¿para mí? Prefiero trabajar... no tanto; prefiero no hacer nada.

CAR. No es para despreciarla. (Después de servir se sentó con Magdalena.)

EDU. No me hableis de ella.

BALT. Pero Eduardo...

EDU. Lo hago cuestión de gabinete.

GRE. Andas cerca.

EDU. Bueno, pero no paso.

CAR. No disparates.

BALT. Más vale que nos cuentes lo de la ministra.

EDU. (Sentándose.) Nuestra ministra, ya sabes que la llamamos nuestra, porque aun cuando el marido tiene su partido político donde figura, ella puede decirse que es de todos... liberala, conservadora, radicala, etc., etc. Nuestra ministra se reunió en Biarritz con la distinguidísima Baronesa de Puerto Franco, y con la no menos distinguidísima Vizcondesa del Papel; es título extranjero, *du Papel*, y las tres apostaron á quién levantaba más el pie al empezar una quadrille... Pues nada, Baltasar, nuestra ministra...

GRE. Tiene un collar de perlas precioso, que Lacloche expuso dos años en su escaparate y que la ministra ha heredado de su abuela..

CAR. Si se fuera á creer todo lo que se dice no sé qué mujer sería buena y decente.

GRE. Es fácil decirlo; de las que van muy compuestas, algunas. De las demás, casi todas. En el mundo hay mucho vicio; pero el lujo es el pregonero. En todas las clases hay mujeres buenas y malas.

EDU. Sí; las buenas son las guapas... el resto, to-

das son malas. Pero dejad ese tema, que me pone frenético, porque ataca mis derechos. Si el mundo se volviera moral, ¿qué sería de los hijos de familia? ¿Dónde nos íbamos á divertir?

BALT. Cásate.

EDU. Nunca. Soy hombre de conciencia y es una crueldad obligar á una infeliz á que me aguante veinticuatro horas cada día.

CAR. (Aparte á Magdalena.) Y es un buen muchacho.

MAG. (Aparte á Carlota.) Ya le conozco: pico.

GRE. (Aparte á Carlota.) Este será un cordero en cuanto le atrapen.

EDU. Haced el favor de hablar más alto.

BALT. Dicen que tienes razón.

EDU. Para eso no valía la pena de que bajárais la voz... (A Blanca.) ¿Traes la tila, Ita?

ESCENA III

DICHOS y BLANCA

BLAN. (Por la izquierda con una bandeja y una taza.) ¿Quiéres tú, Ito?

EDU. No tengo nervios por ahora; gracias.

BLAN. Anda, Carlota, tómala.

CAR. Si de veras no la necesito.

GER. Aunque usted no la necesite, por complacer á su hermana Blanca...

BALT. Tómala, mujer. (Carlota coge la taza.)

GRE. Diga usted, Blanquita...

BLAN. Digo yo, don Gregorio...

GRE. ¿Usted recuerda si he bebido el cognac?

BLAN. (Sirviéndole.) Seguramente no.

EDU. (Cuando Blanca termina.) Mira, prima pequeña.

BLAN. (Llevándole otra copa.) Ya va, hombre, ya va.

EDU. (Aparte á Blanca.) No te consiento estos exclusivismos más que con don Gerardo, porque ese desgraciado se va á casar contigo.

BLAN. (Aparte á Eduardo.) Eres muy amable, primo.

EDU. (Aparte á Blanca.) ¿Y cuándo es el sacrificio?

BLAN. Si no hay nada.

EDU. Todo el mundo dice que te casas con don Gerardo.

BLAN. Todo el mundo lo dice, menos don Gerardo.

EDU. No dejes escapar ese pez... ni él mismo sabe el dinero que tiene.

BLAN. Pues que se entretenga en contarlo. (*Vuelve al lado de Magdalena.*)

EDU. Dios da nueces á quien no tiene dientes... Si yo encontrase una proporción así... cuidado que el casarse es imbécil, pero me embecilitaba gustoso... ¡Qué comidas! ¡qué trenes! ¡qué mujeres!... (*Se queda abstraído.*)

MAG. En paseo hemos visto á la niña de los Alvarez que ha vuelto del colegio de Londres, donde pasó tres años.

BLAN. ¿Verdad que tiene un aire distinto de las demás muchachas?

MAG. Ya lo creo.

BALT. En cuanto nuestra Carlota tenga edad para ello, estoy completamente decidido á enviarla fuera.

GER. Es una idea muy sensata.

EDU. En tí es natural esa preocupación. Te educaste en Bélgica, después dos años en los Estados Unidos, y has vuelto renegando de ser español.

BALT. Renegando no; muy honrado de serlo; pero muy entristecido viendo que en mi patria se apedrean los trenes; que en las ciudades donde se bañan doscientas personas, se quedan sin agua para beber los treinta y ocho ó cuarenta mil restantes; viendo los campos cultivados como en tiempo del rey Wamba.

EDU. Llévala, llévala.

BALT. Ya lo creo; y que viaje y que vea, para que si el día de mañana tiene una desgracia en su vida, sepa que el mundo no se hunde porque falte un padre ó porque la abandone un marido. ¿No piensas igual, Carlota?

CAR. Yo me eduqué aquí y aquí encuentro muchas cosas buenas...

GRE. Algo semejante predican en una obra que pusieron anoche... ¿No fueron ustedes á la compañía francesa?

CAR. Aún no hemos podido ir: Baltasar está ocupadísimo estos días.

GER. ¿Y qué les pareció el arranque del galán, mandando desde escena callar al público de los palcos?

EDU. Muy chic... chic... quísimo.

CAR. No le defiendas, Eduardo.

EDU. Fué una lección muy merecida, prima número uno.

BLAN. Tú vas contra todos siempre.

EDU. Menos contra tí, prima número dos. Es una falta de cortesía del público: en el extranjero hay más atención.

GRE. ¿Usted cree?

GER. Usted no se fija que en París, por ejemplo, hay una población flotante que es la que va al teatro á ver las comedias; gente desconocida una de otra, que sólo le interesa lo que ocurre en el escenario; y aquí somos siempre los mismos, de los lunes de éste y los martes del otro y los viernes del de más alla, y no se nos puede exigir que estemos callados para oir á Ciutti en el Tenorio ó que estemos á oscuras para que pase Dinorah por centésima vez con su cabrita.

GRE. Y esta noche es el beneficio...

GER. Por cierto que me enviaron un palco. Blanca, ¿le agradaría á usted ir?

BLAN. Yo, sí...

GER. ¿Qué dice usted, Carlota?

CAR. ¿Qué te parece, Baltasar?

BALT. Como quieras. ¿Estás bien ya?

CAR. Sí...

BALT. Pues iremos.

BLAN. ¿Vamos, Magdalena?

MAG ¡Vestirme ahora!...

BLAN. Tú estás bien: yo necesito arreglarme un poco. (*Se levantan: al pasar.*) Muchas gracias, don Gerardo: precisamente esta tarde, antes de encontrarle á usted en casa de Rosarito, le pedí á mi hermana Carlota que me llevara, porque yo tenía unas ganas de ir...

GER. Celebro mucho la casualidad que me permite satisfacer su deseo de usted.

ESCENA IV

DICHOS menos las SEÑORAS

GER. (Mirando el reloj.) Mi coche ya estará abajo. Puede llevar á las señoras y volver á buscarnos.

BALT. Iremos dando un paseo.

EDU. Sí; irán ustedes dando un paseo; yo prefiero que me lleven.

GRE. Baltasar, ¿no te fijaste en Magdalena? Está como preocupada.

BALT. Motivos le sobran; pero no creo que hoy, especialmente, tenga ninguno de particular.

GRE. ¡Y qué buena muchacha es!...

BALT. Hace cinco años que está viviendo con nosotros, y jamás hemos tenido la menor molestia. Es un genio muy dulce, muy servicial, muy cariñoso.

GER. Poca suerte tuvo...

BALT. Es algo pariente de Carlota.

EDU. Pues conmigo no quiso parentesco.

BALT. Hizo bien.

EDU. ¿Quién sabe? Ese es un punto á discutir.

BALT. Muy amiga y compañera de colegio. Cuando tuvo el pleito con el marido, quedó aquí depositada. Es tan buena y tan formal, que cuantas veces quiso marcharse nos opusimos otras tantas... ¿dónde va una mujer sola, sin familia y en esa situación difícil?

GRE. Es una buena acción vuestra.

BALT. Al principio tal vez, pero ahora es un egoismo, porque ella nos arregla la casa y es la predilecta de Carlotita; la que le hace tomar las medicinas cuando se pone mala.

EDU. Ya nos sabemos de corrido esa historia... vamos á otra. Diga usted, don Gerardo, usted que anda por esos mundos invisibles donde se gana dinero, ¿es cierto que Santandrian realizó una millonada en la Bolsa de París?

GER. Eso he oído.

EDU. ¿Y que le regaló quinientos mil francos al ministro?

GER. No lo he oído ni lo creo.

GRE. También á mí me parece imposible.

EDU. ¿Y por qué le parece á usted imposible, Gregorio?

GRE. Por lo contrario de lo que le parece á usted tan fácil, Eduardito.

BALT. Puede que sea una razón...

EDU. Matemáticas sublimes... Bien... El que está ahora de vena es Pepito Navales: el brazo en cabestrillo le da una aureola irresistible en los salones.

GER. ¿Una herida?

EDU. Gloriosísima. Se ha batido por la Venus negra; una cocotte que se viste siempre severamente de negro, para que no la confundan con las señoras que se visten de cocottes.

GRE. Los inteligentes pagan el luto más caro; es señal de modestia y hay que vencerla.

BALT. Muy bien.

EDU. Oye tú, hombre moderno; ¿y censurabas á Gonzálvez porque se batió por su mujer?

BALT. Sigo censurándolo.

EDU. ¿Y á Navales?

BALT. Sigo aplaudiéndolo.

EDU. Esa teoría debiste aprenderla en tus años de extranjero, porque aquí pensamos lo contrario.

BALT. Es porque no lo pensais. Lo que no es de nadie, por ser de todos, como la caza en el monte y la hembra en la ciudad, debe cogerse á tiros, á zarpazos, con engaños, de cualquier modo, que todos son lícitos... Pero la mujer propia, ¿la compañera honrada? Si la injurian, con alma y cuerpo á defenderla... ¿si te injuria? con alma y cuerpo á despreciarla.

EDU. ¿Y qué camino tomar?

BALT. ¿Camino? Si en el mundo hay muchos... Ella por uno y él por otro.

GRE. ¿El divorcio?

BALT. Eso. ¿Por qué han de vivir juntos aborre-

ciéndose? ¿Para qué se ha de buscar la cárcel matando?

GRE. Hace falta sangre fría...

BALT. No hablo del instante mismo en que se sorprende la traición, cuando no rige la voluntad y ciega el impulso... entonces matar, morir, perdonar... lo que salga. Hablo de la inmensa mayoría de los casos en que la luz se hace lentamente, por grados, y en que violentamos nuestras ideas propias para conformarnos con las leyes sociales que nos hemos impuesto.

GRE. Lo que ata la religión en la tierra lo une Dios en el cielo.

BALT. Esa es una aplicación que han hecho los hombres y una explicación que trajeron las circunstancias. ¿Qué es lo que ata el matrimonio? ¿La vida de dos?... falso; la vida de uno, del que haya de morir primero, que el otro queda libre. Nosotros, que ignoramos nuestro propio fin, podemos afirmar la eternidad de esa unión, pero el cielo que conoce el destino humano, ¿cómo ha de aceptar por eterno un lazo que ya sabe que va á romperse dentro de un año, de diez, de veinte?... Eso es absurdo. Díganme ustedes, ¿puede ser justo en la tierra ni grato al cielo lo que pasa á la pobre Magdalena?

GER. Realmente la pobre no es muy dichosa.

BALT. Un mes ó dos de vida feliz; seis años de peleas, de lágrimas, de odios; un día de escándalo, golpeándola brutalmente porque se negó á firmar su ruina, y al fin el divorcio según nuestras leyes actuales. Después de año y medio de vergüenzas, de profanar lo íntimo de su unión en montones de papel sellado, los sentenciaron á cinco años de separación marital. Y en conciencia, ¿debe estar unida eternamente á un jugador, vicioso, mujeriego... ó sería más santo y más lógico que pudieran separarse de veras?

GRE. Ya hay el divorcio para toda la vida.

BALT. Y aun es peor, porque el vínculo no se rompe. ¿Y con qué justicia se le dice á una mu-

jer á los treinta años, como Magdalena... «para ti ya no hay salvación, se acabaron los efectos legítimos; las palabras de consuelo, no las escuches que serás culpable; si tienes frío, sigue al lado de tu hogar sin fuego; si tienes ansias, devóralas; si te espanta la soledad, gime y vuelve á gemir desesperada hasta que te oiga la muerte?...

GER. Es verdad.

GRE. Sí, es inicuo.

EDU. Pero las costumbres...

BALT. Ya cambian ellas.

EDU. Y las leyes...

BALT. Las podemos cambiar nosotros.

GRE. ¿Y las creencias?

BALT. ¡Usted se figura que son incrédulos en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en los Estados Unidos!

EDU. Sección geográfica de esta homilia del padre Baltasar.

GRE. Nuestra religión no tolera eso.

BALT. Estás equivocado, Gregorio. Lo tolera: lo que impide es el nuevo matrimonio de los cónyuges divorciados...

GRE. Aquí hay muchas preocupaciones arraigadísimas.

BALT. Y duendes y fantasmas... ¿Quieres conservarlos?

EDU. Nosotros no lo hemos de cambiar.

BALT. Sí, sí, nosotros. Y los felices, los dichosos, con más razón, mejor dicho, con más deber.

EDU. A algunos maridos les va bien, que explotan el nudo.

BALT. Esa es una razón más para cambiar; por higiene.

EDU. Indudablemente eres un hombre moderno.

BALT. Y me felicito. Cada vez que pienso en Magdalena, siempre azorada, palideciendo al menor ruido, sin atreverse á salir sola á la calle... me sublevo contra estas leyes absurdas.

GER. Y menos mal que ahora lleva una temporada tranquila.

GRE. Al marido se lo tragó la tierra.

BALT. ¡Lástima que no fuera cierto!

GRE. Se perdía poco; es un mal bicho.

BALT. He oído que se fué á América.

EDU. Después de una aventura poco limpia en un garito: naipes marcados, navajazos, un herido...

BALT. Y ese es el vínculo eterno de Magdalena... (Pausa.) En fin, me voy á ver si duerme la pequeña... Aun quieren ustedes que la eduque en España y para esclava.

GRE. ¿Y casarla?

BALT. Si puedo, fuera. (Vase.)

ESCENA V

DICHOS menos BALTASAR

GER. Es un ejemplo el de Magdalena muy desastroso para un padre que se preocupa del porvenir de su hija.

EDU. Amén, amén, amén... basta de sermón.

GRE. Bueno, Eduardito, bueno. (A Gerardo) ¿Quiere usted que echemos unas carambolas mientras acaban de arreglarse las señoras?

GER. Como usted quiera.

EDU. Jueguen ustedes. Yo les veré jugar; y si me fatigo mucho, descabezaré un sueño que tengo bastante atrasado.

GRE. ¡Qué veintiocho años! Ve usted á don Gerardo...

EDU. Como si lo viera.

GRE. Que está en pie á las ocho de la mañana, y á las nueve tiene una Junta, otra á las diez y á las once otra, y almuerza á las doce escapado, y vuelve á empezar las juntas hasta la hora de comer, y es presidente de una sociedad y consejero de quince y accionista de cuarenta...

EDU. Ya sé que es especialista en sindicatos.

GRE. Y no descansa, y entra y sale y marcha y vuelve...

GER. Bien quieto me estoy...

GRE. De noche.

EDU. Al revés que yo...

GRE. ¡Usted me ve á mí que no tengo cien duros!... Pues no me cambiaría por don Gerardo que nada en millones.

EDU. Sin embargo, esa pila de natación vale la pena...

GER. Vamos, señores, no se quejarán ustedes que les dejo despachar á su gusto sin pretender rebajar tales exageraciones...

GRE. ¿Un poco?

GER. Un mucho.

GRE. ¿Usted nos compara, Eduardo? Pues lo dicho, no le envidio. ¿Hay nada más hermoso que levantarme á las doce; tomar el baño ya preparado, volver á la cama para desayunarme, leer los periódicos enterándome de cuantos crímenes se cometieron mientras yo dormía pacíficamente, y echar un vistazo á la *Gaceta*, que es el periódico más gracioso que se publica en Madrid?

GER. La gracia de la *Gaceta*...

GRE. Es socarrona, de la buena. ¿Usted conoce algo más característico de nuestro buen humor nacional que una convocatoria de guardias marinas cuando no hay marina donde colocarlos? ¿Quiere usted nada más típico de nuestro formulario legal, que esas citaciones de los Juzgados llamando á los autores del robo de la calle del Barquillo, para que tengan la bondad de presentarse en la Escribanía, que desde allí los llevarán á la cárcel?.. y advirtiéndoles que si no van, les parará perjuicio.

EDU. Lo que á mí me gustaría saber es dónde le sirven la suscripción de la *Gaceta* á los ladrones...

GER. Realmente podía exigirse más formalidad...

GRE. No, no, ¿para qué? Nos va muy bien así. Para los siete días de la semana, tengo siete casas donde comer, donde reciben muy bien y á donde voy muy á gusto. He realizado el desideratum de tener siete familias en vez de una, no las veo más que á las horas agradables, no nos damos disgustos, y ade-

más conservo mi cuarto y mi libertad de soltero, sin preocuparme del precio de las trufas, ni de si la mujer ó la cuñada tienen nervios.

GER. Usted me permitirá que yo siga prefiriendo mi género de vida.

GRE. Encantado, sí, señor... Pues si todos pensaran como yo, la competencia sería ruinosa.

EDU. Aun á costa de ser activo, prefiero los millones de don Gerardo.

GER. Otros, Eduardito, otros, que á usted le sobra talento para ganarlos.

EDU. Soy muy torpe... hace tres noches que no acierto una carta.

GER. No es ahí donde está lo seguro; sino en el trabajo; en el estudio...

EDU. (Levantándose precipitadamente.) Vamos á las carambolas.

GER. ¿Le tiene usted miedo al sermón?

EDU. Casi tanto como al trabajo. (Vanse por el foro don Gregorio y Gerardo. Eduardo que les sigue penosamente, se vuelve al oir entrar á Carlota.)

ESCENA VI

CARLOTA y EDUARDO

EDU. ¿Estás mejor, prima Carlota?

CAR. Mejor, sí; pero no sé qué tengo.

EDU. Que no pierdes baile, ni matinée, ni teatro, ni patines y eso no hay cuerpo que lo resista.

CAR. ¿Y esa gente?

EDU. Jugando al billar... siéntate.

CAR. ¿No puedes hablar sin sentarte?

EDU. Son muy pocas las cosas que yo puedo hacer de pie... (Se sientan.) Prima Carlota.

CAR. ¿Qué te pasa?

EDU. ¿Me dejas echarte un piropo?

CAR. ¿Para qué?

EDU. Es un encargo.

CAR. Bonita comisión traes...

EDU. Ese pobre Sandoval...

CAR. Ese pobre Sandoval es un majadero que no me deja en paz. Yo no sé lo que se habrá figurado.

EDU. Yo tampoco, prima; pero hay que confesar que no le falta razón.

CAR. No he dado nunca motivo á ese caballero...

EDU. ¿Te parece poco motivo la cara que tienes, las joyas que llevas, los vestidos que te pones y lo que no te pones de los vestidos? Anteanoche en el baile estabas elegantísima y guapísima. Prima Carlota, á pesar del parentesco, anteanoche estabas guapísima...

CAR. Qué adulador eres... pero en trajes no me agrada que seas tan exagerado, porque ya sabes que la posición de mi marido no es para que yo pueda deslumbrar á nadie.

EDU. Debe ganar mucho, porque mira que tú gastas...

CAR. Trabaja con suerte y es muy generoso.

EDU. La mina esa de Bilbao.

CAR. Las ganancias son para los accionistas.

EDU. Sí, para don Gerardo.

CAR. Es el principal de todos ellos. Baltasar no lleva más que un tanto por ciento y el sueldo como director técnico. No tengo motivo de disgusto en cuanto á eso, pero así y todo no puedes figurarte las vueltas que me cuesta buscar las telas, copiar en casa los modelos.

EDU. La gente cree que te vistes en París... Da gusto ser pariente tuyo: estás en primera fila entre todas las mujeres elegantes. Con decirte que en los salones, cuando tú pasas, todos murmuran de tí.

CAR. Vaya un elogio.

EDU. ¿Aun te parece poco? Los escotes no se inventaron para inspirar respeto...

CAR. Todas van así y no he de incurrir en la ridiculez de ponerme un traje alto.

EDU. Si yo aun los encuentro exageradamente pequeños. Ni que fuera un marido.

CAR. Eres el mismo... (Levantándose.)

EDU. Siéntate, siéntate. Tengo que hacerte una declaración.

CAR. ¿A nombre de quién?

EDU. En el mío.
CAR. (Riendo.) ¿De amor?
EDU. Amorosa... y financiera.
CAR. ¿Las dos cosas conmigo? Pues vienes bien.
EDU. Hay que salvar á la familia... (Cantando) Salva Raul...
CAR. ¿Y cómo?
EDU. Entre tus amistades.
CAR. ¿Buscas una heredera?
EDU. Una heredada. La vida terrenal es muy breve, y además mis sentimientos afectuosos se hacen incompatibles con la existencia de suegros ricos. Al casarme prefiero haber pasado yo el dolor de perderlos.
CAR. ¿Guapa?
EDU. Eso no estorba.
CAR. Si no fueras muy exigente...
EDU. La molestaré poco. Descuida.
CAR. Conozco una que vendrá á tener unos cien mil duros.
EDU. Eso és lo que necesito para mí... y luego algo más para ella, porque también querrá gastar en sus trajes, y de lo mío no puedo derrochar un cuarto dentro de casa.
CAR. Hay otra con más de un millón de pesetas y dos tíos viejos, solteros... pero es tan fea...
EDU. Tú deliras, prima. No puede serlo con esas condiciones... ni los tíos siquiera serán feos
CAR. Lo es.
EDU. Y aunque lo fuese. Si eso es lo ideal: su fortuna, para divertirme, y su fealdad para justificar que me divierta.
CAR. No seas cínico, Eduardo.
EDU. Los novios, antes de la boda, y los billetes de la lotería antes del sorteo, todos son buenos. Después la casualidad los premia y lo mismo si los compraste ilusionado que por compromiso, aciertas con el número y eres rico; lo mismo si se casan enloquecidos que por conveniencia, aciertan con su mutuo carácter y son felices.
CAR. Qué gran verdad.
EDU. Y más aun. Entre la guapa y la fea para un capricho la guapa; para *in eternum* quizás

la fea, que á la fea le vas descubriendo encantos y á la guapa tienes que irle viendo ya los defectos.

CAR. Gracias á Dios que hablas un momento en serio.

EDU. Habrá sido una equivocación... Porque esto de la seriedad aun no pude averiguar en qué consiste. ¿Y quién es mi futura?

CAR. ¿Me prometes portarte formalmente?

EDU. ¿Contra quién te diriges?

CAR. ¿Prometes?

EDU. Pues mira que me cuesta á mí trabajo prometer... Lo que quieras...

CAR. Obedecerme. Esto no puede ser cosa de juego.

EDU. Y tú no eres gobernador... así es que juro obediencia.

CAR. Es una muchacha extremeña: Carmen Fernández de la Riera.

EDU. ¿Carmen Riera? ¿La que va con Rosario? ¿Aquél sapito? Y esa tiene...

CAR. No te engaño.

EDU. En lo de fea ya sé que no.

CAR. Pero es buenísima. Con Rosario hemos hablado algo. Anticipando que tú no te atrevías á insinuarte para que Carmencita no se extrañara del poco caso que le hacías y como ella no se presenta mal... En Madrid tiene dos casas, muchos solares en el ensanche... y en Extremadura una dehesa que coge tres leguas á la redonda.

EDU. ¿Y es de esa?.. ¿De mi futuro sapito?

CAR. Pero no te violentes si no te agrada.

EDU. A la una, á las dos, á las... mañana me declaro á las casas y á los solares.

CAR. Si empiezas de esa manera, te lo buscas tú solo.

EDU. No tengas cuidado. Si triunfamos te regalo unas perlas más hermosas aún que las que tienes; milagro que no las luces hoy.

CAR. Me ceñía demasiado el collar y he mandado que lo agranden un poco.

EDU. Pero oye, ¿no se escamará algo de mi timidez?

CAR. Al contrario: en los que tienen fama de atrevidos, la timidez es prueba de verdadero interés.

EDU. Yo te prometo...

CAR. Veremos. (Vase Eduardo.)

ESCENA VII

CARLOTA y BALTASAR

BALT. Queda como un angelote... pero hubo que contarle su cuento. Ahora estará soñando con el hada que trae juguetes á los niños. (Bromeando.) Una señorona con su gran cola de raso y su manto de estrellas... se quedó dormidita preguntando cuándo vendrá esa mujer que trae tantas cosas buenas. En esto los niños y los grandes somos iguales: todos creemos que las cosas buenas las trae una mujer... (Pausa.)

CAR. ¿Ingeniero y poeta?

BALT (Abrazándola afectuoso.) Eso: ingeniero, poeta y feliz. Una mujer como tú; una Carlotita como la nuestra, que, sin pasión, ¿verdad? es la chiquilla más monísima de Madrid: con salud, buenos amigos, y ganando cada año más en mi carrera... Abre la ventana, Carlota; mira muy arriba y dime si el cielo no se parece á este pedazo de tierra en que vivimos.

ESCENA VIII

DICHOS y EDUARDO

EDU. (Al verlos abrazados se vuelve de espaldas.) ¿Se puede?

BALT. (Riéndose y sin soltar á Carlota.) Tú eres de casa.

EDU. Pero estoy descabalado y no puedo imitaros.

CAR. (Separándose.) Ya te llegará el turno.

BALT. Y Gerardo y...

CAR. Jugando á carambolas.
EDU. Al revés, jugando á no hacer carambolas: son unos chambones.
BALT. ¿Te aburriste?
EDU. Es divertido Gregorio, soplando desde la primera tacada.
CAR. Los años.
EDU. Que se los quite para jugar.
CAR. Si pudiera...
EDU. Los hombres que se fatigan desde el primer esfuerzo, están desacreditados. Esta opinión es de nuestra amiga...
CAR. ¡Eduardo!

ESCENA IX

DICHOS y ROSARIO

ROS. Buenas noches.
CAR. Rosario ..
EDU. Charito...
ROS. Eduardo... (Dándole una mano y otra á Baltasar.)
CAR. ¿Qué traes?
ROS. Que te necesito el miércoles.
CAR. Siéntate.
ROS. Me voy escapada. Quedó Paco en el coche y estará impaciente por dejarme en el teatro é irse al Casino donde tienen unas reuniones muy animadas.
EDU. Reuniones de treinta y cuarenta... personas, y á veces más, discuten el reglamento.
CAR. ¿Quieres que le mandemos recado para que suba?
ROS. Esperará.
EDU. Esta lo tiene muy bien acostumbrado.
CAR. Siéntate entonces.
ROS. Un momento.
CAR. El miércoles, ¿qué?
ROS. Que me acompañes á la *kermesse*. He conseguido de mis compañeros de asociación que te designen para la rifa y estaremos juntas.
EDU. Prepara el bolsillo, Baltasar.

Ros. Si no hay que dar nada, que es para la Beneficencia...

Balt. No comprendo bien esa Beneficencia.

Edu. Sí, hombre... la caridad de estas señoras consiste en ataviarse de mil alfileres y estarse exhibiendo toda la tarde.

Ros. Ponemos nuestro trabajo.

Edu. Eso es; trabajan á beneficio de los pobres del distrito; cada manta para el asilo se calcula de tres á cuatro sonrisas...

Ros. Es pesadísimo, pero hay que socorrer al pobre desvalido.

Car. Cuenta conmigo. Baltasar no podrá ir porque se marcha mañana á Bilbao.

Balt. Á la mina. Voy con Gerardo, que es nuestro presidente, á causa de un entorpecimiento de una máquina nueva, y hasta fin de semana...

Ros Te vendré á buscar el miércoles á las cuatro; aunque nos veremos antes...

Car. Mañana iremos juntas á la carrera.

Ros. Sí. ¿Tú no faltarás, Eduardo?

Edu. Si me llevas... porque mis coches aún están para encargar.

Ros. A la kermesse, digo.

Edu. ¡Ah!... es probable.

Ros. ¿Probable qué?

Edu. Que no.

Ros. ¿Que no qué?

Edu. Que no vaya.

Ros. Pero Eduardo...

Edu. Pero Charito... cada kermesse me cuesta una enfermedad.

Car. No tanto...

Edu. Me dejais sin un cuarto y tengo que irme ocho días á la cama para reponerme.

Ros. No seas roñoso.

Edu. No, hija, no; la salud es lo primero. (A Baltasar.) Si quieres que vaya en tu nombre, hazme un empréstito, ó mejor dicho, una donación... aunque después de todo suena más armoniosamente lo de empréstito, y el resultado para tí es igual.

Balt. Ya lo sé.

ROS. ¿Por experiencia?

BALT. Por experiencias.

EDU. Es increíble lo que tarda en llegar el día primero de todos los meses..

ROS. Adiós, Carlota.

CAR. Rosario, adiós. ¡Qué abrigo llevas!

ROS. ¿Te gusta? Es un regalo del marido. Un día que volvió de buen humor de esas reuniones del Casino. Me costó mil quinientos francos... le costó á él. Vale unos seiscientos y el resto fué sisa para otras cosillas. No entiende nada de esto; si le digo que me costó seis mil se lo traga igual.

EDU. Tu marido tiene fama de buenas tragaderas.

ROS. Y tú de insolente.

EDU. Quizás sea mejor.

BALT. Eduardo...

CAR. Eduardito...

ROS. Te conviene callar, porque si me enfado... Aún anoche tuve una conversación muy animada con Carmencita.

EDU. Tú eres un ángel. (Corriendo á ella.)

ROS. (Desenfadada.) Pero no vuelo.

EDU. Porque no quieres .. que Paco te da alas...

ROS. ¿Volvemos á empezar?

EDU. Charito de mi alma, tú puedes hacerme un favor muy grande... ¡Por Dios, dile á Carmen que me haga caso; yo te prometo que he de quedar bien!

ESCENA X

DICHOS, GREGORIO y GERARDO

BALT. ¿Se acabó la partida?

GRE. Estoy reventado.

CAR. ¿Quién ganó?

GER. Perdimos los dos, porque íbamos á treinta y ninguno pudo llegar. (Mientras hablan saludan á Rosario; luego Eduardo sigue hablándola vivamente.

Gregorio á su lado. Carlota se levanta y adelanta con Gerardo hacia la embocadura)

BALT. Pero esa chiquilla, ¿no está aún arreglada? ¡Blanca! ¡Blanca! (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS menos BALTASAR

GER. Hacía años que no jugaba al billar.
CAR. Yo creí que eran ustedes muy buenos jugadores.
GER. Lo hago muy mal.
CAR. ¿Y Gregorio?
GER. Por el estilo... pero tiene más teoría.

ESCENA XII

DICHOS, BALTASAR, BLANCA, MAGDALENA y una criada

ROS. ¿También vais al teatro?
BALT. (Yendo á la izquierda, á la criada.) El abrigo y el sombrero... (Vase la criada.)
GRE. (A Baltasar.) ¿Salimos, Baltasar?
BALT. Sí, saldremos todos.

ESCENA XIII

DICHOS, JUAN y criado

JUAN (Apartando al criado.) No se moleste usted en anunciarme. Buenas noches, señores.
MAG. (Volviéndose rápidamente.) ¡Juan!
JUAN ¿Me conoces y te sorprendes? Eso es casi no conocerme. Desde la estación vengo aquí á recordarte que han terminado los cinco años de nuestra separación legal.
BALT. (Adelantando.) ¿Qué busca usted en esta casa?

JUAN — Lo mío, mi mujer.

MAG. — (Echándose para atrás.) ¡No!

JUAN — (Adelantando un paso.) ¿No quieres venir conmigo?

MAG. — (Retrocediendo.) ¡Defendedme, por Dios!

BALT. — (Poniéndose entre Juan y Magdalena.) ¡Eso es una villanía!

JUAN — (Riéndose forzadamente.) ¿Una villanía que un marido quiera llevarse á su mujer? Pero, tranquilícense ustedes; y tú también, Magdalena, tranquilízate. El plazo no se cumple hasta mañana á las cuatro: mañana á las cuatro volveré con el Juzgado. Buenas noches, señores... (Vase. Rápidamente y aparte á Gerardo.) Tengo que hablar contigo.

GER. — ¿A qué hora?

JUAN — (Haciendo seña de que no sabe.) Temprano; espérame. (Con ansia.)

TELON

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

BALTASAR, con gabán y sombrero puesto, CARLOTA y un criado

BALT (Al criado.) En casa, estando yo fuera, no entra nadie, más que las personas ya conocidas. El primero que falte á esta orden, sea quien sea el que llame, y se le abra la puerta, queda despedido. Adviértalo usted así á todos. (Vase el criado.) Voy a ver al presidente de la Audiencia.

CAR. No tardes: es imposible que te formes idea de lo nerviosa y lo intranquila que se encuentra Magdalena.

BALT. Me lo figuro: después de la noche que ha pasado y con la amenaza de su marido...

CAR. No tardes.

BALT. Y tú, ¿dónde vas tan vestida?

CAR. A las carreras.

BALT. ¿Cómo dices? ¿Dejas sola á Magdalena hoy?

CAR Se queda Blanca.

BALT. ¡Carlota!...

CAR. Si quieres, me quedaré...

BALT. No es si quiero; es si quieres tú.

CAR. (Contrariada.) Me quedaré.

BALT. Es lo menos que puedes hacer. Hasta ahora.

ESCENA II

DICHOS y GERARDO

GER. Traigo la certificación del médico. (Entregándosela á Baltasar.)

BALT. (Guardándosela.) No me detengo, que voy á la Audiencia. (Vase.)

GER. El doctor se ha prestado gustoso á extender el certificado, haciéndose cargo de la situación.

CAR. ¡Realmente se encuentra mal; ha pasado la noche con una tensión de nervios tan tremenda!...

GER. Era de esperar.

CAR ¿Viste á Juan?

GER. Estuve ya dos veces á buscarle.

CAR. Es preciso que le veas.

GER. Si es hombre que se vende, saldrá de España inmediatamente.

CAR. Le temo... mientras esté en Madrid no volveremos á vernos. (Alto y cambiando de tono.) ¿Quiere usted sentarse, don Gerardo?

GER. Gracias, no. Tengo una junta ahora... ¿Usted irá á las carreras?

CAR. Probablemente no; acaso, al desfile.

GER. Esa es mi intención también... ¿Y Blanca?

CAR. Con Magdalena.

GER. Hagame usted el favor de saludarla. Hasta la noche, que vendré á enterarme del resultado de esas gestiones de Baltasar... Y dígale usted que el viaje á Bilbao lo aplazamos por unos días.

CAR. Se lo estimará mucho, porque este asunto le preocupa como propio.

GER. Cuando buenamente pueda.

CAR. Gracias. Hasta la noche. (Vase Gerardo)

ESCENA III

CARLOTA y BLANCA

BLAN. Mira, Carlota, Magdalena se empeña en levantarse.

CAR. No se lo consientas.

BLAN. Dice que se asfixia dentro del cuarto...

CAR. Pero es un disparate que se levante. (Vase.)

ESCENA IV

BLANCA y EDUARDO

EDU. Prima Ita, ten la bondad de saludarme.

BLAN. Hola, Ito.

EDU. (Dándole la mano á distancia.) Muy buenas tardes.

BLAN. (Idem.) Felices, caballero.

EDU. ¿Tiene usted la amabilidad de acercarse, señorita?

BLAN. No hay inconveniente. (Se acerca.)

EDU. ¿Y Magdalena?

BLAN. Vistiéndose, aunque el médico la aconsejó que no se levantara.

EDU. ¿Y el ogro no ha dado señales de su preciosa existencia?

BLAN. Hasta las cuatro...

EDU. Vais á tener una función de gran espectáculo.

BLAN. No gastes bromas en un asunto tan delicado.

EDU. Punto y aparte. ¿Y tu adorador?

BLAN. ¿Don Gerardo? De incógnito. No sé una palabra de nuestros amores.

EDU. ¿Qué espera para declararse?

BLAN. Eso pregunto yo: ¿qué esperará para declararse?

EDU. Quizás alguna fecha notable, para que no se le olvide luego el solemne aniversario de vuestras relaciones.

BLAN. Yo no coqueteo con nadie.

EDU. Pongamos con casi nadie.

BLAN. Eduardito...

EDU. Blanquita, no conviene exagerar los argumentos.

BLAN. A don Gerardo no le gusta que las señoras salgan á la calle sin una persona respetable de su familia, y yo por eso no tengo *miss* que me acompañe.

EDU. Mal hecho: la *miss* es una institución venerable á la que guardamos profundo respeto todos los muchachos. En el globo no hay sér más discreto ni que sepa volver más á tiempo la cabeza.

BLAN. A los bailes no me llevan. Hablo siempre con él de asuntos fastidiosos... de minas, de sociedades.

EDU. Ya es buena penitencia.

BLAN. Le doy la razón en todo; jamás tengo nervios, ni caprichos, ni exigencias. (Suspirando.) Y nada.

EDU. Algo te habrá dicho.

BLAN. No, pero me parece que la frecuencia con que visita esta casa, algo quiere decir... Algunas veces creo que va á lanzarse... Aun la otra noche, un momento en que estábamos solos en el antepalco, después de una conversación de esas...

EDU. Técnica.

BLAN. Me dijo: (Imitando la voz.) «Qué feliz será el hombre que se case con usted, Blanquita...» Claro, yo bajé los ojos... una pausa... «Pero usted ya tendrá hecha su elección...» otra pausa. Esa gente de negocios que anda siempre escapada, es incalculable el número de pausas que hace para hablar de amor.

EDU. Sigue contando sin filosofías. Las haremos luego todas juntas.

BLAN. Yo le respondí: no, señor; no he pensado en eso todavía. «Algún joven de condiciones brillantes...» No, no, no me hable usted de chiquillos...

EDU. Y estarías ruborizada, que ese es el ritual...

BLAN. No, porque como allí hay tan poca luz... no valía la pena.

EDU. ¿Y al fin?...

BLAN. Me dijo que era un pensamiento muy cuerdo, muy digno de mi buen juicio, y se levantó, y yo levanté los ojos, que ya me cansaba de mirar la alfombra... y se fué á charlar con Carlota... ¿Qué necesitará don Gerardo para declararse?

EDU. Sales inglesas... ó que imites á las niñas veraniegas que bajan de paseo á las Estaciones del ferrocarril

BLAN. ¿Y es seguro?

EDU. Como de la Equitativa... Un amigo mío iba á pasar todas las fiestas á Cercedilla, ó á los Molinos, uno de esos pueblecitos entre Villalba y Segovia. Un sábado, paseando por el andén, le dijo á una muchacha: «Fulanita, está usted monísima...» «No sea usted exagerado, Fulanito...» y cuando volvió á la semana siguiente, al decirle: «Buenas tardes, Fulanita, ella le contestó ruborosa: «Fulanito, buenas tardes; de aquello que usted me dijo el otro sábado, que sí...»

BLAN. Eres un embustero.

EDU. Prueba á ver...

BLAN. No es para tanto.

EDU. Si te casas ponme en la lista de tus admiradores.

BLAN. No seas impertinente, Eduardito.

EDU. Para eso soy tu primo, Blanquita.

BLAN. Ito... (Muy seria.)

EDU. (Con ansia.) Ita...

BLAN. Tú ya descarrilas. Adiós... (Escapa.)

EDU. Pero mujer.

BLAN. (Volviéndose en la puerta y haciéndole una reverencia de minue) Buenas tardes, primo Ito.

EDU. (Idem.) Buenas tardes, prima Ita.

ESCENA V

EDUARDO y después ROSARIO

EDU. Lástima que esta chiquilla sea pariente mía, que no tenga una peseta y que no me haga

caso... Si le arreglaran estos tres defectos y algún pequeño detalle de indumentaria, quedaba muy apetecible. Hace días que me encuentro muy predispuesto á abdicar de mis convicciones matrimoniales. Puede que esté enfermo ó puede ser que me obsesione este maldito pagaré... que no pagaré...

ROS. (Entra y mira curiosamente á Eduardo.) ¿Estás dormido, Eduardito?

EDU. ¡Rosario!...

ROS. ¿En qué pensarías?...

EDU. Aquí llevo seis horas aguardando, y la soledad me entristece.

ROS. ¿Seis horas?

EDU. Diez minutos no me los quitan ya...

ROS. Buena rebaja.

EDU. (Bruscamente y cogiéndola.) Siéntate aquí, á mi lado.

ROS. Prefiero sentarme enfrente; te veo mejor.

EDU. ¿Y Carmencita?

ROS. Tú cazas á tenazón.

EDU. Como puedo.

ROS. Hoy almorzó con nosotros.

EDU. ¿Y después?

ROS. Después se marchó.

EDU. Hablaríais algo..

ROS. Desde las doce que vino, hasta ahora mismo que la dejé en su casa...

EDU. Charito, hija de mi alma, no me impacientes.

ROS. ¿Qué quieres saber? (Enfadada.)

EDU. Quiero saber si hubo más gente á la mesa; si os divertísteis, la *toilette* que llevabas, y si tu marido sigue acatarrado. Lo demás no me interesa.

ROS. ¿Qué me das por una noticia?

EDU. Otra.

ROS. ¿Otra noticia? ¿Interesante?

EDU. Puede ser.

ROS. Dime la tuya primero.

EDU. Es muy sencilla. Que jugué al tresillo ayer tarde, y gané ochocientos tantos á perro gordo.

ROS. Bueno, ¿y qué?

EDU. Nada más.

ROS. Es muy interesante; te agradezco que la hayas dicho tan pronto.

EDU. Pues mira lo que son las cosas; yo creí que te interesaría, porque como tú eres tan aficionada y juegas tan bien...

ROS. ... Eduardito, hijo de mi alma, no me impacientes tú.

EDU. Dí un codillo... verás; jugaba á espadas, que allí siempre es favor. Valentin Vargas...

ROS. ¡Mentira!

EDU. ¡Gracias!

ROS. Valentín no está en Madrid.

EDU. Bueno; le habré dado el codillo por telégrafo.

ROS. ¿Hablas formal?

EDU. Sí, Charito, sí; hace dos días que ha venido de París

ROS. ¿Cómo de París?

EDU. De donde sea, porque es tan embustero que le cuenta mentira á los espejos, sólo porque ve mover las sombras.

ROS. Si hay cartas suyas de Oviedo.

EDU. Algún amigo que se encargará de echarlas al correo para que lleven sello de aquella Administración, ó puede que no sea verdad lo de París... Vete á averiguar de dónde sale esa bala perdida.

ROS. (Tranquila.) No sabes lo que te estimo la noticia... porque una amiga mía se interesa por ese tipo, y conociéndolo, seguramente le despreciará.

EDU. (Riéndose.) ¿Tienes confianza con esa amiga?

ROS. (Cortada.) No... sí... ¿por qué lo dices?

EDU. Por caridad. Adviértele á tu amiga que se vaya con muchísimo cuidado, porque Valentín tiene el peor de los defectos en esa materia.

ROS. ¿Es inconstante?

EDU. Charlatán.

ROS. (Con afán.) ¿Le habéis oído algunas historias?

EDU. (Haciéndose el distraído.) Algunas...

ROS. (Cogiendole del brazo.) ¿Con nombres?

EDU. No... pero con señas suficientes... Afortuna-

damente para las protagonistas, ya le conocen y se le da poco crédito.

ROS. (Atrayéndole más.) ¿Y de la última os contó algo?

EDU. No cuenta nunca más que hasta la penúltima... Tranquiliza á tu amiga.

ROS. No hubo nada ¿sabes? pero la veía inclinándose mucho... (Serena.)

EDU. Adviértela, adviértela.

ROS. Estos favores son obligatorios cuando hay buena amistad...

EDU. Evidente, evidente... Vamos á lo de Carmencita.

ROS. Como yo sé que tienes muy buen corazón, y muy buenos sentimientos...

EDU. Prendas interiores de primera... puedes asegurarlo.

ROS. Y eres muy caballero, me convertí en tu defensora. Después de mucha conversación, de muchos elogios tuyos muy merecidos, le dije que el lunes vendrías á almorzar con nosotros.

EDU. Ahora me entero.

ROS. Que si ella quería venir también, y...

EDU. Y...

ROS. Se echó á reir, y...

EDU. Y...

ROS. El lunes va.

EDU. (Abrazándola.) ¡Ay, Rosarito!

ROS. Manos quietas.

EDU. Es de la misma emoción.

ROS. Lo comprendo; pero estate quieto. Ya ves que va marchando el asunto; pero no pretendas precipitarlo y se vaya todo á rodar.

EDU. Con tal que rodemos juntos...

ROS. Separados.

EDU. Entonces no me conviene.

ROS. Lo primero que hace falta es formalidad.

EDU. La tendré.

ROS. ¿De dónde la vas á sacar?

EDU. Alquilándola para estos días del noviazgo.

ESCENA VI

DICHOS, CARLOTA y luego un CRIADO

CAR. (Por izquierda.) No sabía que estabas tú, Rosario.

EDU. Ya se conoce en la prisa que traías. Pero de no estar Charito, tampoco me encuentras, que yo no aguanto plantones de este tamaño.

CAR. Ya habrás aprovechado el tiempo.

EDU. El lunes comida de novios en casa de ésta.

CAR. ¿Quiénes?

EDU. Carmencita y yo. Y Rosario y su marido, que vuelven á estar de novios también.

ROS. Fantasías de tu pariente.

EDU. Me han dicho que la otra tarde os vieron juntos en la Castellana, en coche. Y eso pareció á todo el mundo una *reprisse* conyugal.

ROS. Poco les basta.

EDU. Como jamás te ven con él... tu marido era un ser mitológico.

ROS. Por esa razón de no acompañarme.

EDU. Por esa y por otras.

ROS. ¡Eduardo!

CAR. ¡Eduardo!..

EDU. Todas favorabilísimas; no tengais cuidado. No hay motivo para lo contrario, y aunque lo hubiera, el noble protectorado de mis amores os garantiza mi fidelidad. Lo que siento es no poder garantizaros también la de vuestros maridos.

ROS. Paco es muy bueno.

CAR. Y Baltasar buenísimo.

EDU. Buenísimo... Siguen las firmas.

ROS. Vienes á las carreras, ¿verdad?

CAR. No...

ROS. Como te veo vestida...

CAR. Pensaba ir, pero á Baltasar le parece que no es correcto abandonar á Magdalena.

ROS. ¿Eso no se arregló?

CAR. Andan en ello.

ROS. Después de las cuatro, que es la hora del peligro, puedes ir.

CAR. Le prometí que no iría...

ROS. Yo volveré á buscarte, y si no hay novedad, ¿para qué te vas á quedar?

CAR. Vuelve...

ROS. ¿Y Magdalena?

CAR. Una noche horrible: el médico le aconsejó que guardara cama, aparte de que le conviene para justificar que no se vaya con el marido cuando venga á buscarla, pero dice que está tan nerviosa y tan impaciente, que no resiste más. Acabando de vestirse queda.

ROS. Válgame Dios. (Pausa.) Las invitaciones para el baile de la Vizcondesa están ya repartidas. ¿No recibiste la tuya?

CAR. No, y me alegro para evitarme el compromiso de ir... ¿quieres nada más fuera de tono que un baile de cabezas?

EDU. En el Vizconde se explica, porque realmente le hace falta una nueva.

ROS. Es una persona muy corriente, salvo la manía de enseñar los retratos de sus antepasados, cada vez que se le visita.

CAR. Están en un pasillo, ¿verdad?

EDU. En verano aun menos mal, pero en invierno con el choubesky se abrasan los pobres... A uno de ellos, con el calor, se le hinchó la tela y está el glorioso progenitor de flemón perpetuo.

ROS. Para el baile está haciendo grandes preparativos.

EDU. Lo de siempre: los cuatro emparedados, el agua de naranja, que es muy sana, y libra y media de jamón en dulce.

CAR. Qué exagerado eres.

EDU. Una libra nada más. (Un criado entrega una carta á Carlota.)

CAR. Es la invitación.

ROS. (Al criado.) ¿Quiere usted enterarse si ha venido mi coche? (Vase el criado.) Me chocaba mucho que no la recibieras, porque aun ayer me habló de tí... ¿Irás?

CAR. Puede que me anime; estará bonito.

ROS. Todo Madrid, y los salones son magníficos.

CAR. Sí, la casa es suntucsa y amplia. Resultará interesante.

ROS. Ya lo creo; muy lindo.

CAR. Pero hemos de buscar algo que no sea tan visto... es enojoso ya encontrarse Pompadours y aldeanas suizas.

ROS. En cuanto lleguen los figurines te aviso y escogemos lo más nuevo.

EDU ¿Vas al Hipódromo?

ROS. Sí.

EDU. ¿Me llevas?

ROS. Pero á la vuelta no cuentes conmigo, que he de llevar á Carlota.

CAR. No vengas, ya sabes cómo es Baltasar.

EDU. Es un hombre á la moderna para todas las preocupaciones de los demás, pero de las suyas propias no hay quien le desmonte.

ROS. (Al criado, que aparece.) ¿Está el coche? (A Carlota.) Antes de las cinco vuelvo. (Levantándose.)

CAR. No voy á poder.

EDU. Si tuviera tan seguro el premio gordo como que tú convences á Baltasar de que es conveniente para Magdalena que salgas á paseo esta tarde... no daba participación en mi billete á nadie.

ROS. Adiós.

CAR. Adiós. (Vanse todos Carlota vuelve.)

ESCENA VII

CARLOTA y MAGDALENA

MAG. (Entra por la izquierda, antes de que vuelva Carlota.) Creí que no acabábais nunca...

CAR. ¿Por qué no entraste?

MAG. Lo que quiero decirte no es para oído por extraños... Lo he pensado mucho y me marcho...

CAR. ¡Qué locura!

MAG. Sí... es una locura, pero razonable. Voy á ser la causa de disgustos muy grandes, por-

que Juan no se conformará con vuestra intervención y contra vosotros ha de volverse; y esta casa apacible y tranquila, se convertirá en infierno.

CAR. Ya los iremos sorteando...

MAG. No, Carlota. (Pensativa.) Sería una ingratitud de mi parte y yo os debo tanto cariño y tantas atenciones...

CAR. Si estás decidida, lo harás; pero no hoy ni mañana, sino cuando te veas libre de estas inquietudes.

MAG. Déjame marchar.

CAR. ¿Pero á dónde vas?

MAG. No lo sé.

CAR. Magdalena...

MAG. Lejos de aquí... donde haya quien me defienda.

CAR. ¿Y nosotros?...

MAG. No como vosotros, por bondad, por lástima; sino por mí misma, por mi razón, por mi derecho... ¿No habrá en el mundo un rincón de justicia?

CAR. (Cogiéndola cariñosamente y haciéndola sentar á su lado.) ¡Pobre Magdalena!..

MAG. ¡No puedo irme con ese hombre que me matará!... no creas que le temo á la muerte; pero á la agonía sí... Es horrible pensar el martirio que me aguarda á su lado.

CAR. Quizás encontremos modo.

MAG. ¿Cuál?

CAR. Aconsejándonos de un buen abogado.

MAG. ¿Otro pleito? ¿Pero tú no recuerdas las vergüenzas que he pasado; las preguntas tan íntimas, tan bochornosas, que tuve que contestar? ¡No, no, otro pleito no!

CAR. No habrá más remedio.

MAG. Pero si yá se ha demostrado que es un vil; si ya lo sentenciaron los tribunales, ¿por qué los tribunales no me amparan?

CAR. Es que tu divorcio no duró más que cinco años.

MAG. ¿Y de nuevo hemos de empezar por vivir juntos, esperando que me maltrate, y queden señalados los golpes, para obtener otro

fallo igual? ¡Si supiera que me pegaba esta tarde, ahora mismo iba á buscarle!

CAR. No te desesperes.

MAG. Acabar de una vez, ¿y si no me pega? Si me esclaviza, si me abruma á injurias y á insultos ¿qué vida será la mía?

CAR. Quizás venga arrepentido...

MAG. ¿Arrepentido? El no se corrige... ¿No le viste anoche provocativo, burlón, amenazador?

CAR. Ha debido pasar muchas pruebas con la vida azarosa que lleva, y tal vez vuelva ansioso de paz.

MAG. Por Dios, no me lo digas, que eso sería más horrible aun... ¿volver ansioso? ¿y si me acariciaba? ¡Oh, qué asco! ¿No habrá una ley que ampare á una mujer desesperada?

CAR. Las hacen los hombres y no se les ocurre pensar que en el cuerpo de una mujer pueda encontrarse un alma que sueñe ó que sufra.

MAG. Es una infamia lo que se hace conmigo: si fuera hombre emigraba de España; pero mujer y pobre, ¿dónde voy?

CAR. Como tú, hay centenares.

MAG. ¿Y qué hacen?

CAR. Resignarse y ser mártires, ó sublevarse y...

MAG. Pero si yo quiero ser honrada.

CAR. Entonces tienes que ser víctima.

MAG. Para mí es tarde, lo comprendo. Mas por decoro, por compasión, por humanidad hay que echar abajo esas leyes inicuas.

CAR. Quizás Baltasar haya encontrado medio.

MAG. No espero nada.

CAR Así es más fácil que encuentres algo. Yo en tu lugar...

MAG. ¿Tú en mi lugar? no lo imagines siquiera. Conserva el bien que tienes, que no sabes el bien que es ..

CAR. No puedo quejarme.

MAG. Y procura que no tenga queja Baltasar.

CAR ¿Tú has visto algo en mí que?...

MAG. No he visto nada, no sé nada... Tú eres muy buena... pero quiere mucho á Baltasar, que lo merece y es tu felicidad.

CAR. (Altiva.) ¿Te figuras que no le quiero lo bastante?
MAG. No me figuro nada, te juro que no sé nada.
CAR. ¿Tú crees saber algo?
MAG. No, no... pero es un consejo tan bueno, tan sincero, que aunque estuviéramos inundados de felicidad, te lo repetiría constantemente como el favor más grande de mi alma agradecida...
CAR. (Aparte.) ¿Sospecha ó sabe?)
MAG. (Desconfía ya de su secreto.) (Con tristeza.) Déjame marchar... Tengo miedo de haceros daño... (Carlota se queda mirando) Juan es capaz de la calumnia...
CAR. ¿Con?...
MAG. Con... contigo, sí.
CAR. (Adelanta rápidamente.) Baltasar la despreciará.
MAG. ¡Así sea!
CAR. (Muy fría.) Así ha de ser. (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHAS y BALTASAR

MAG. (Levántándose y corriendo á él.) ¿Qué, qué?
BALT (Por foro.) Por el momento vamos bien; he visto al presidente de la Audiencia y me prometió interesarse por usted. Admitirán la certificación facultativa acreditando que no puede usted salir de casa sin peligro y mientras la enfermedad continúe, y nosotros la alargaremos todo lo posible, hemos de encontrar una manera de resolver el conflicto. Pero no hizo usted bien en levantarse, Magdalena.
MAG. Me ahogaba...
CAR Quería marcharse de Madrid.
BALT. ¡Qué disparate, no!
MAG. Es que ahora empezarán los disgustos, los escándalos, porque al verle á usted entre él y yo, querrá mortificarle...
BALT. Lo llevaremos con paciencia.
MAG. Para que usted se canse de protejerme.

BALT. Le perdono á usted esas ideas, pero no está bien que las tenga, porque suenan un poquito á desconfianza.

MAG. No, no... (Vase Carlota.)

ESCENA IX

BALTASAR y MAGDALENA

BALT. En cuanto al fondo del asunto, el mismo presidente reconoce que no existiendo una causa nueva para entablar otra vez la demanda, no será posible negarse á la unión de ustedes.

MAG. ¡Dios mío, Dios mío!

BALT. Si no vamos por el camino recto, iremos por el atajo; yo tendré una entrevista con Juan, para conocer sus pretensiones, y cualquier sacrificio que exija, se discutirá.

MAG. Que se lleve lo poco que me dejó de mi fortuna...

BALT. En ese tereno le buscaremos; pero sin quebranto para usted, que tampoco puede tolerarse que la arruine por completo.

MAG. Eso no me importa.

BALT. Pero no puede ser ni es justo que sea.

MAG. ¿Y qué adelantaremos con la lucha? Quince días, un mes, dos, y luego?...

BALT. Bueno, bueno... á tener confianza y á vivir tranquilamente, que ya iremos solucionando todas las contingencias que ocurran, y sin decírselo á usted, que será el mejor modo de no afligirla.

MAG. Dios se lo pague, y si es cierto que las súplicas humanas llegan al cielo—aunque las mías, para mí, no hayan llegado—tendrán ustedes tanta suerte, tanta, tanta...

BALT. Hay algo más que la piedad: El hombre, el ser humano, tiene derecho á vivir feliz y obligación de luchar para serlo. Rendirse nunca; caer, cuando sean más fuertes, pero

aun caídos esforzarse en volver á la vida. Contra el poder bastardo, contra la ley injusta, contra todos...

ESCENA X

DICHOS y CRIADO

CARI. Señorito... ahí están unos hombres...
BALT. ¿Abrió usted?
CRIA. No, señor, pero...
MAG. Baltasar...
BALT. Tenga usted confianza en mí...
MAG. Baltasar, por Dios, defiéndame usted... (Vase Magdalena.)
BALT Que pasen.

ESCENA XI

BALTASAR y JUAN

JUAN ¿Desea usted que entre el escribano? ¿No? Bien. Aguardará mientras no sea necesario que intervenga. En previsión de cualquier dificultad, abajo quedan un inspector y guardias, aunque supongo que usted no pondrá obstáculos á la acción de la justicia.
BALT. Al contrario.
JUAN Perfectamente. Aquí tengo el auto del juez.
BALT. Y aquí el certificado de la enfermedad de esa señora.
JUAN No creo en esa enfermedad repentina.
BALT. Es igual.
JUAN ¿Podría ver á Magdalena?
BALT. No. La verá el forense, y según su dictamen resolverá el juzgado lo que estime más oportuno.
JUAN ¿Es la lucha lo que ustedes buscan?
BALT. La defensa solamente.
JUAN Y usted, ¿qué interés tiene en que no salga?
BALT. No le debo á usted explicaciones de ningu-

na clase respecto de mí. Si usted quiere hablarme, empiece usted por salir, citarme donde le parezca y entonces tal vez logremos entendernos.

JUAN ¿Con dinero?

BALT. Si á usted le agrada y no es muy exagerado...

JUAN Vamos, una limosna. ¿Y qué pretende usted comprar tan mezquinamente?

BALT. Yo nada. Magdalena su tranquilidad.

JUAN Lo malo es que después de cinco años de separación, usted comprenderá...

BALT. No; no estoy dispuesto á comprenderle á usted.

JUAN Lo diré con mayor claridad. Hoy prefiero llevarme á mi mujer.

BALT Hoy es inútil que usted lo pretenda. Y de aquí á que mejore, tenemos tiempo de irlo pensando todos.

JUAN Pero yo no vengo propicio á tolerar que continúe un día más bajo este techo que...

BALT. ¿Qué?

JUAN Que no la favorece.

BALT. Tengo mucha calma; muchísima calma, cuando me propongo tenerla... pero colóquese usted un poco más lejos si pretende seguir la conversación en esos términos.

JUAN Entrégueme usted á Magdalena ó seguiremos hablando sin apartarme, que no hay para qué.

BALT. No.

JUAN ¿No?

BALT. No.

JUAN ¿Y usted quién es para oponerse? ¿Padre... hermano... tutor... ó amante nada más?

BALT. Esa es una falsedad de usted mismo; no me irrita.

JUAN Acabemos, que esta discusión conduce á poco.

BALT. Cuando usted quiera.

JUAN Entrégueme usted á Magdalena.

BALT. No puede salir de aquí mientras el médico no lo autorice.

JUAN Baltasar... Baltasar, yo estoy decidido á lle-

vármela, no he atravesado el mar para detenerme ante una certificación falsa, Baltasar...

BALT. Juan...

JUAN Le ruego á usted, por los dos, que no me obligue á cometer violencias irreparables.

BALT El juzgado no consentirá...

JUAN Dejamos al juzgado.

BALT. ¿Entonces serán violencias personales?

JUAN Sí.

BALT También las esperaba... aunque no veo del todo á dónde pueden conducirnos de práctico; pero este no es argumento para que un hombre ceda.

JUAN ¿Es que realmente no sospecha usted dónde nos lleva esa obstinación?

BALT. Usted lo dijo.

JUAN No, no lo dije aún.

BALT. Aguardando estoy.

JUAN Tampoco es cierto; lo que yo puedo decir, usted no lo aguarda.

BALT. Más claro, para entendernos.

JUAN Por última vez, no me niegue usted lo mío.

BALT. No.

JUAN Que de lo mío sólo he hablado hasta ahora.

BALT. ¿Y de qué más podría usted hablar?

JUAN De lo ajeno, si lo estimo necesario.

BALT. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN Lo dicho.

BALT. Yo necesito saber más.

JUAN Yo necesito á Magdalena.

BALT (Con brío.) No.

JUAN ¿No? Pues bien. ¿Usted juzga á Magdalena honrada?

BALT. Como mi propia mujer.

JUAN Sin comparaciones.

BALT. ¡Debo hacerla!

JUAN Pues por honrada debo apartarla de aquí, y antes de interponerse entre mi mujer y yo, cuídese usted de averiguar quién paga el lujo de la suya.

BALT. ¿Dime quién... dime quién... el nombre, el nombre? (Luchan los dos y al fin Baltasar lo tumba, echándole las manos al cuello.)

ESCENA XII

DICHOS y MAGDALENA

MAG. (Corriendo á separarlos.) ¡Baltasar! ¡Baltasar!... (Baltasar al separarse de Juan se aparta un poco y se tambalea.)

BALT. Yo necesito saber ese nombre.

MAG. (Aparte á Juan, ayudándole á levantarse.) Dí que has mentido y te sigo.

JUAN (Burlón.) Bueno.

BALT. (Poniéndose delante de la puerta.) Yo necesito saber ese nombre.

JUAN Buscaba una pelea para que saliese Magdalena. Mi objeto está logrado; no tengo interés en mortificarle á usted, y declaro que no es cierto lo que dije.

BALT. El nombre... no quiero disculpas, sino el nombre.

JUAN Mi palabra.

BALT Tu palabra de ruin, de cobarde...

MAG. Vamos.

JUAN (Encogiéndose de hombros.) Vamos.

BALT. (Atónito.) ¿Usted consiente en marcharse? Algo tardío es el arranque, pero no importa; aun le agradezco... (Adelanta dejando libre el paso.)

MAG. (Besando la mano de Baltasar.) Perdóneme usted. Debí marcharme antes.

JUAN (Aparte.) Debí decírselo.

BALT Debí ahogarle. (Vanse Magdalena y Juan.)

ESCENA XIII

BALTASAR y CARLOTA

BALT. ¿Qué es esto, odio, ya eres mi dueño?

CAR. (A medio vestir.) ¿Y Magdalena? (Baltasar le señala la puerta.) ¿Se la llevan?

BALT. No, se va ella.

CAR. ¿Por su gusto?

BALT. Por su voluntad.

CAR. Es lo mismo.

BALT. Es bien distinto á veces.

CAR. ¿Y se sacrificó por ese hombre?

BALT. Me pareció que se sacrificaba por nosotros.

CAR. ¿Para evitarnos disgustos? Es muy buena... Pero tú no has debido consentirlo.

BALT. No sé yo mismo lo que consiento y por saberlo daría pedazos de mi propia carne.

CAR. No me explico cómo Magdalena pudo cambiar de idea tan rápidamente; y lo que dices me confunde más aún.

BALT. (Airado.) Yo sí me lo explico, formando una mujer con puñados de lodo, con pensamientos viles, y con palabras falsas.

CAR. (Cariñosa.) No, Baltasar, no seas injusto con ella. Tú mismo has comprendido que se sacrificaba por nosotros, y en lugar de compadecerla y de admirarla, de insistir para que se quedase...

BALT. (Calmado.) Como tú eres tan buena, (Pausa. La mira fijamente.) te parece imposible que se pueda faltar á una promesa. Bien sabe Dios que mi voluntad era defenderla; pero yo no tenía más razón que la súplica de Magdalena, y cuando ella, espontáneamente, dijo que se marchaba, me encontré sin armas para aquel combate.

CAR. Pronto...

BALT. Pronto, sí, en seguida. En el instante en que al «ven» de Juan respondió el «vamos» de Magdalena, ví enlazarse de nuevo el vínculo sagrado que los une y me creí tan separado, tan extraño á ellos que las facciones mismas de Magdalena, me parecieron ya las de una mujer desconocida.

CAR. Pronto...

BALT. Pronto, sí, en seguida. Si ellos se unían ¿con qué derecho los separaba yo? En la vida no hay nada más infame que penetrar rastreramente en un hogar. (Haciéndola volverse nuevamente para mirarla bien.) ¿Verdad, Carlota, que no hay nada más infame? (Luchando con dulzura, ella por apartar la mirada y él sosteniéndola.)

Entre nosotros que somos tan felices, tan dichosos... (Pausa: cierra los ojos y los abre luego pero sin mirarla; con una mano coge una de Carlota, con la otra procura que no vuelva la cabeza; dulcemente.) tan dichosos... no sería un crimen que una mujer se interpusiera entre los dos, y yo abandonara tu cariño, este dulce reposo, por las caricias que me prometiera? Y si un loco á tí—¿quién si no un loco se atrevería—te propusiera que me olvidaras?—olvidar no está en lo humano—que le siguieras, dejando mi amor tan profundo y tan verdadero, nuestra casa tranquila, y nuestra hija... si alguien quisiera aprovechar las flaquezas mujeriles, satisfacer tu vanidad, ofreciéndote trenes, joyas, vestidos... (La mira de pronto y con ansia: al encontrarla con la vista baja cuando antes la miraba sorprendido, grita sacudiéndola.) ¡Mírame!

CAR. (Desasiéndose dulcemente.) ¡Me haces daño, Baltasar!

BALT. (Soltándola.) Perdona, perdona; pero al hablar de lo absurdo que es faltarme tú, caigo en lo inconcebible, que es lastimarte yo.

CAR. (Apesadumbrada.) Más daño me hiciste con tus palabras que me suenan...

BALT. ¿A acusadoras?

CAR. A desleales.

BALT. Carlota...

CAR. ¿Qué pretendes leer en mis ojos, buscándome tanto las miradas? ¿Confesión de mis culpas? ¿Espanto de tu castigo? Si fuera culpable me turbaría y si fuese como la víspera de nuestra boda me turbaría también; que el odio de un hombre tan ligado como tú lo estás á mí, empaña siempre los ojos de una mujer. ¿Qué consigues, pues, mirándome? Habla, habla.

BALT. Carlota...

CAR. Habla.

BALT. Me dijo Juan...

CAR. ¿Es un dicho? ¿Sin pruebas, verdad?

BALT. ¡Ay de tí, si las tuviera!

CAR. (Soberbia y airada.) ¿Y yo valgo poco, tan poco,

que tú recoges la calumnia del primero que la dice y me envuelves en ella como en un manto de reina?... ¡Gracias, Baltasar!

BALT. No era esa la respuesta que yo esperaba.

CAR. Pues dilo... dilo.

BALT. Hay cosas que deben comprenderse sin decirlas.

CAR. Y otras que no deben comprenderse ni aun oyéndolas.

BALT. Me dijo...

CAR. Acaba.

BALT. Que reparara en tu lujo.

CAR. ¿Qué más?

BALT. Nada más; porque fuí tan torpe, que le eché las manos al cuello ahogándolo, cuando debí no respirar yo en aquel momento para que todo el oxígeno fuera á sus pulmones y pronunciase vibrante y clara la verdad que se quedó en calumnia.

CAR. ¿Y después?

BALT. Después intervino Magdalena separándonos; después Juan se desdijo confesando que había mentido, después se marcharon juntos... y ya no pude ligar mis pensamientos después... (Echando rápidamente las manos.) Ese medallón que llevas

CAR. (Retirándose y tapándose con sus manos.) Es mío.

BALT. Quiero verlo.

CAR. No.

BALT. ¡Quiero verlo!

CAR. ¡Qué has de ver, si estás ciego!

BALT. ¡Tenerlo en mis manos, palparlo, preguntarle de dónde viene, que él me responderá!

CAR. No lo doy.

BALT. Te le arranco...

CAR. Inténtalo (Luchan y al fin lo coge.)

BALT. Ya lo intenté.

CAR. Y ya lo has conseguido. Tú eres el amo por ser el más fuerte, y cuanto quieras de mí así lo tendrás, por violencia.

BALT. ¿Pero este medallón es el que tenías de soltera?

CAR. ¿Te convences de que estás ciego?

BALT. ¿Por qué lo ocultabas?

CAR. Ocultarlo no, negarlo. Como te negaré todo lo mío mientras me trates injustamente. ¿Quieres palabras? Pues busca hechos que te convenzan, pues no saldrán palabras de mis labios. ¿Quieres paz? Pues déjame. ¿Quieres caricias? Pues pégame, y solo cuando me rindas físicamente será tuyo mi cuerpo dolorido.

BALT. (Como hablando consigo mismo.) Las palabras de Juan siguen en mí: las tuyas á un tiempo me martirizan y me consuelan, pero Magdalena, marchándose, me anonada. ¿Quiso pagarnos su deuda de gratitud comprando el silencio de Juan? No lo sé... pero he de saberlo.

CAR. Busca, pues.

BALT. ¡Buscaré! (Adelantando y poniéndole la mano en el hombro.)

CAR. Busca. (Quitándose la mano con la suya bruscamente.) Pero mientras, respétame. (Arrogante sale despacio. Baltasar, inmóvil, la mira con fijeza.)

TELON

ACTO TERCERO

Un despacho

ESCENA PRIMERA

BALTASAR escribiendo, un criado y un muchacho

BALT. ¿Qué es?

CRIA. Preguntan por la señora. Es un muchacho de la platería de la Carrera de San Jerónimo.

BALT. Que pase. (Sale el criado y vuelve á entrar acompañado del muchacho que entrega una carta á Baltasar, éste la lee en voz baja y luego la vuelve á leer.) ...«Y ruego á la señora que se tome la molestia de pasar por esta su casa, pues hemos padecido una pequeña equivocación al indicarle el coste del arreglo en tres mil quinientas pesetas. Como el hilo es doble, y llevará igual aumento de perlas en ambos, esta cantidad se entiende por cada uno; en total, siete mil pesetas. Para evitar una mala interpretación, y rogándole que dispense...» Es un desatino ese precio... dígale usted que no lo haga, que desistimos.

MUCH. Como el señor disponga.

BALT. Decididamente, que no lo haga.

MUCH. Está muy bien. (Vanse el muchacho y el criado.)

ESCENA II

BALTASAR, ROSARIO y EDUARDO

ROS. ¿Se arregló el asunto de Magdalena?
BALT. Sí.
ROS. Gracias á Dios.
BALT. No estoy muy seguro de que ella las dé.
ROS. ¿Y eso?
BALT. Se ha ido con Juan.
ROS. ¿Con su marido?
EDU. Las mujeres son locas.
ROS. (Con sorna.) Evidentemente.
EDU. Hablo de las que se van con su marido; y tú no incurres en semejante vulgaridad.
ROS. Está ocupadísimo.
EDU. Forma parte del decorado del Casino.
ROS. En cambio tú eres un vago... (A Baltasar.) Y Carlota, ¿podrá venir al desfile de las carreras?
BALT. No sé si tendrá humor. (Vase.)

ESCENA III

ROSARIO y EDUARDO

EDU. Mira si hice bien en no dejar el sitio en tu coche.
ROS. Si se anima Carlota te vas á pie; porque con Carmencita y su madre, iríamos incómodos.
EDU. Pero si no se anima puedo continuar con vosotras. Supongo que no te quejarás de mi corrección, y eso que vamos engañados.
ROS. ¿Cómo engañados?
EDU. Con nuestra seriedad. Carmencita lo que tiene es una gana de que le digan disparates...
ROS Suposiciones tuyas.
EDU. Va como una mosquita muerta; pero en

cuanto se habla de algo escabroso, ya la tienes colorada.

Ros. ¿Y qué?

Edu. Si se pone colorada es porque lo entiende, si lo entiende es porque se fija, si se fija es porque le gusta, y si le gusta hacemos mal en no complacerla.

Ros. Tú crees que todas son iguales.

Edu. Esta es mucho más fea... ó por lo menos lo era antes de pensar en carsarme.

Ros. (Riéndose.) Tu amor la embellece.

Edu. Ojalá, porque el trago va á ser amargo.

Ros Carmencita es muy buena.

Edu. También es buena la quinina.

Ros. Déjala.

Edu. Hasta que me case no. Después, quizás esté ocupadísimo como tu Paco.

Ros. Las razones son iguales...

Edu. Yo seré un sabio y tu marido... Dejar á la mujer más bonita y más distinguida...

Ros. Echa incienso.

Edu. Si no fuera por el respeto que le tengo á Paco...

Ros. (Burlona.) Ya lo sé...

Edu. Y el poquísimo caso que tú me haces, me parece que...

Ros. (Seria.) ¡Eduardo!...

Edu. ¿A tí qué te parece, Charito?

Ros. Que desbarras.

Edu. ¿Quién se atreverá á decir que eres una mujer inconstante? y llevas tres años seguidos desairándome.

Ros. Y los que faltan.

Edu. Yo que soy todo cariño...

Ros Pues cásate.

Edu. ¿Y después?

Ros. Haces el viaje de novios.

Edu. Dicen que el viaje de novios es de lo menos desagradable que hay en el matrimonio.

Ros. Naturalmente.

Edu. ¿Por qué naturalmente?

Ros. Porque... no seas imprudente, Eduardito.

Edu. ¿A tí qué tal te fué?

Ros. Yo no he viajado.

EDU. ¿Os quedásteis en Madrid?
ROS. Unos días.
EDU. ¿Y qué?
ROS. ¿Y qué? ¿Y qué?
EDU. Cuéntame algo.
ROS No me acuerdo ya.
EDU. Refrescaré tu memoria. Volvísteis de la iglesia...
ROS Volvimos...
EDU. Había gente en casa.
ROS Exacto.
EDU. Pero al fin os dejaron solos.
ROS. Exactísimo.
EDU. Y entonces, Paco...
ROS. Y entonces, Paco... entonces... pero ahora no hay para qué hablar de eso.
EDU. Era para instruirme y no hacer un papel desairado cuando me llegue el turno.
ROS. Pues yo no estoy dispuesta á enseñarte nada.
EDU. Verbalmente, mujer.
ROS. Ni por escrito, hombre. Conque... vamos á mudar de conversación ó á estarnos callados.
EDU. ¿Me dejas que te mire?
ROS. Mira.
EDU. Algo es algo.
ROS. Contando conque no te negarías, te incluí en la lista de nuestra asociación. Eres hermano de María.
EDU. Me honra mucho el parentesco.
ROS. ¿A que no sabes dónde me he metido?
EDU. En algún charco.
ROS. En la sociedad filatélica del salvamento de náufragos.
EDU. ¿Y eso, qué es?
ROS. Reunimos sellos de correos que luego vendemos por docenas ó por millares, ó separadamente cada uno, según su valor, y con el producto se crean estaciones de servicio permanente en los puertos de mar. Llevan cuatro meses constituídas y ya compraron dos botes.
EDU. ¿Dos botes de qué?
ROS. ¿No has oído hablar de botes salva-vidas?

EDU. Sí, sí... La escuadra no es muy nutrida.
ROS Estamos empezando.
EDU. ¿Y dónde los tenéis?
ROS. Todavía no está decidido el puerto á que se destinarán.
EDU. Lo mejor sería que los tuviéseis en Madrid.
ROS. ¿En Madrid?
EDU. Porque es el punto más céntrico. ¿Telegrafiaban temporal en Cádiz? pues á Cádiz; telegrafiaban de Santander...
ROS. Saldría barato.
EDU. Para lo que os cuesta...

ESCENA IV

DICHOS y BALTASAR

BALT. Carlota no se decide á salir, está destemplada.
ROS. La impresión de la marcha de Magdalena.
BALT. Seguramente. Se ha echado un poco, vestida. Dispense usted que no salga.
ROS. No faltaba más... ¿Vámonos? Si usted quiere venir tengo sitio en el coche.
EDU. El mío.
BALT. Muchas gracias, no salgo.
ROS. Tendré que llevarte...
EDU. ¿No lo ofrecerás ya á nadie?
ROS. Adiós, Baltasar.
EDU. Hasta mañana. (Vanse.)
BALT Hasta mañana.

ESCENA V

BALTASAR, FRANCO y CRIADO

CRIADO Este caballero desea ver al señor...
BALT. Hágame usted el favor... (Vase Criado.)
FRAN. Perdone usted que me tome la libertad de venir; pero he creído necesario unos minutos de molestia para usted...

Balt. Siéntese usted, señor...

Fran. Franco.

Balt. Señor Franco.

Fran. Soy el joyero de la Carrera de San Jerónimo... y me sorprendió mucho el recado de la señora después de haber quedado conformes.

Balt. He sido yo quien ha dado esa contestación, pero no debía existir una conformidad muy absoluta cuando usted mismo, en su carta, manifestaba que se creía en el caso de escribir para evitar una mala interpretación.

Fran. Como el señor no tuvo nunca la bondad de honrar nuestro establecimiento con su presencia, me permito por eso discutirle...

Balt. Usted dirá...

Fran. La señora compró el hilo de perlas..

Balt. El año pasado por Octubre ó Noviembre.

Fran. Efectivamente, en Octubre. Ahora la moda es llevarlo doble, uno de collar y otro colgante, hasta la cintura, y para esta nueva forma era algo insuficiente.

Balt. Comprendo.

Fran. Necesitábamos alargarlo y para ello se escogieron las perlas.

Balt. Muy bien, estamos de acuerdo. En lo que disentimos es en el precio: no es que niegue su valor, es sencillamente que no estoy dispuesto á desembolsar siete mil pesetas en estos momentos.

Fran. Por eso no hay cuestión: el señor pasará á satisfacerlas cuando lo estime conveniente.

Balt. Gracias, pero tengo la norma fija de no efectuar ningún gasto que no pueda cubrir en el acto.

Fran. Para la señora ha de ser una verdadera contrariedad.

Balt. Es muy posible. También á mí me agradaría satisfacer todos los caprchos; pero usted admitirá que en este punto mi opinión debe prevalecer.

Fran. Lo sentimos mucho y confiamos en tener más suerte otra vez.

Balt. Seguramente.

FRAN. Le devuelvo á usted el collar. (Entregándoselo.)

BALT. (Cogiéndolo.) Y lamento que usted se molestara...

FRAN. Nos debemos á nuestros clientes, y la señora es de los que más nos favorecen.

BALT. No creía que hubiera más compras.

FRAN. Pequeñeces: unos pendientes, algún imperdible... Es natural que el señor no lo recuerde; generalmente los hombres no intervienen...

BALT. Tiene usted razón.

FRAN. Suele ser cosa exclusiva de las señoras.

BALT. ¿Exclusiva? Quizás haya algo de exageración, señor...

FRAN. Franco y compañía.

BALT. Servidor de usted

FRAN. Y créanos usted que deploramos profundamente que sólo por el precio no quede la señora complacida.

BALT. En estos asuntos no suele haber otro motivo.

FRAN. Es verdad, es verdad.

BALT. Y convengamos en que era un poco excesivo.

FRAN. Las perlas son de un oriente y de una limpieza...

BALT. Desde luego, por siete mil pesetas por alargar un collar que costó cinco...

FRAN. Perdone usted, que ha costado más.

BALT. Está usted confundido.

FRAN. No, señor.

BALT. ¿Si lo sabré yo que lo he pagado?

FRAN. ¿Si lo sabré yo que las he recibido?

BALT. Ustedes tienen otras ventas.

FRAN. Puedo traerle copia de la factura de asiento en los libros.

BALT. No puede ser...

FRAN. La señora ha pagado veinticuatro mil pesetas.

BALT. (Acalorándose.) Está usted en un error.

FRAN. Dispense usted... y no hablemos de memoria. (Cogiéndole el estuche) Dígame usted si es posible adquirir estas perlas por la cantidad

que usted supone? Aunque no tuviera seguridad en mis recuerdos, la vista no me engaña. Nada, si usted quiere veinte mil pesetas, ahora mismo cerramos el trato.

BALT. ¿De manera que si le entrego el estuche con ese hilo de perlas, usted me da veinte mil pesetas?

FRAN. Hecho.

BALT. (Pausa.) Mírelo usted bien. (Aparte.) (¡Cómo se va hundiendo en la nada aquel altar de cariño y de respeto que fué mi vida.)

FRAN. Ya está visto. Si usted desea venderlo, con sumo placer nos ponemos á su disposición.

BALT. No, no...

FRAN. Y si usted desea cambio, tratándose de la señora...

BALT. ¿Cambio, tratándose de la señora?... Es imposible, amigo mío; imposible desgraciadamente.

FRAN. No querrá desprenderse.

BALT. Sólo se desprenden las ramas podridas, pero conviene cortarlas antes de que sequen el árbol.

FRAN. No comprendo bien...

BALT. Mejor. Las cosas de este mundo son claras y lógicas cuando no se fija uno en ellas: escudriñando, suelen ser absurdas y tenebrosas.

FRAN. Los brillantes no.

BALT. (Abrazándolo.) Tiene usted razón, es ridículo, amigo mío, ridículo.

FRAN. Las joyas son una satisfacción para la señora que las lleva y para el marido que las paga.

BALT. (Abrazándole más.) Y para el marido que las paga... si usted y yo tuviéramos un cerebro solo, no pensaríamos más acordes.

FRAN. Es para mí un honor...

BALT. (Muy grave.) Y para mí... (Sonriéndose.) No le detengo á usted más. (Empujándole.)

FRAN. Y ya sabe usted que por el precio...

BALT. Señor...

FRAN. Franco.

BALT. No, ahora no es usted franco. Entre hom-

bres prácticos como nosotros, no hay más que el precio. Vaya usted con Dios, vaya usted con Dios.

FRAN. Es amabilísimo este señor. (Se va.)

ESCENA VI

BALTASAR

BALT. (Queda un momento apoyado en el quicio de la puerta.) ¡Y qué precio tan enorme pago por esta miseria que me corrompe!

ESCENA VII

BALTASAR, BLANCA

BLAN. Baltasar, ¿no salís esta tarde? Si no te parece mal voy á bajar al primero, que está Consuelito asomada y tampoco sale.

BALT. Baja.

BLAN. ¿Qué te pasa, seriote? Tienes una cara más grave...

BALT. Me duele la cabeza.

BLAN. ¿Conmigo no estás enfadado? Pues los demás que se arreglen.

BALT. Dile á Carlota que venga.

BLAN. Bueno. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VIII

BALTASAR

Es la prueba... Esta joya que he pagado á un precio y vale cuatro veces más, ¿qué está diciendo? (Pasea, ve entrar á Carlota y sigue paseando.)

ESCENA IX

BALTASAR y CARLOTA

(Deteniéndose.) Siéntate... (Pausa.) Siéntate. Quisiera que hablásemos serenamente: si alguna vez la palabra traiciona mi propósito, no la oigas, discúlpame. Y quisiera que tú me contestases con sinceridad.

CAR. Empieza.

BALT. No: recógete en tí misma primero, medita, para ante tu conciencia nuestra vida entera; desde que te enamoraba soñando en conseguirte, los años que te adoré ya conseguida, y llega hasta hoy.

CAR. ¿Y al llegar?

BALT. Párate.

CAR. ¡Baltasar!

BALT. (Con calma y paseando de nuevo.) Medita, medita bien... medita. (Paseándose y muy pausado.) Dime, Carlota, de mi conducta como hombre, como caballero, ¿tienes alguna queja de mí?

CAR. No.

BALT. De mi conducta como hombre trabajador, que necesita su carrera y sus estudios para sostener el rango de la casa, ¿tienes alguna queja?

CAR. No.

BALT. De mi conducta privada, íntima, de mi carácter, de brusquedades, de indelicadezas, ¿tienes alguna queja?

CAR. No.

BALT. ¿Tu voluntad fué la mía?

CAR. Sí

BALT. ¿Tus deseos se realizaron todos? Hablo de los deseos á donde alcanzaron mis medios.

CAR. Sí.

BALT. ¿He sido bueno, cariñoso, leal, leal, leal sin reproche?

CAR. Sí... pero me abandonabas; meses enteros separados...

BLT. En mi trabajo...

CAR. (Levantándose.) Pero sola...
BALT. No sigas.
CAR. Creí que me preguntabas para que respondiese.
BALT. No; para que te defiendas.
CAR. ¿Me acusas?
BALT. Sí.
CAR. (Bravamente.) ¿De qué?
BALT. No lo sé bien. Te acuso de una falta de confianza... y si eres culpable de ella solamente ¡qué dicha tan grande!
CAR. Explícate.
BALT. (Con mucho afán.) En alguna ocasión, para satisfacer tu vanidad, te atreviste á ir á mi caja, cuyo secreto conoces...
CAR. (Desdeñosa.) ¿Robarte?
BALT. (Suplicante y alegre.) Robarme, sí...
CAR. (Con ira.) ¡Yo ladrona!
BALT Es coger de lo nuestro, de lo tuyo...
CAR. ¡Te juro que no!
BALT. (Irguiéndose amenazador y soberbio le echa una mano al hombro y la va arrastrando hacia la mesa.) ¿No?
CAR. ¡Por la salud de mi hija!
BALT. ¿No?
CAR. ¡No!
BALT. (Cogiendo con la otra mano el estuche y enseñándoselo.) ¿Con qué lo pagaste entonces?
CAR. Tú mismo.
BALT. ¿Y el resto?
CAR. Te han mentido.
BALT. ¿El resto cómo lo pagaste? ¿Cómo ó quién?
CAR. (Retrocediendo.) Baltasar...
BALT. (Siguiéndola despacio.) Dime, ¿quién?
CAR. (Retrocediendo siempre lentamente.) Escúchame...
BALT. (Siempre avanzando.) ¿Dime quién?
CAR. Me espantas.
EDU. (Dentro.) Baltasar...
BALT. El nombre...
EDU. (Dentro.) Baltasar, abre.
BALT. Yo lo sabré aunque sea desgarrándote...
Vete, vete.

ESCENA X

BALTASAR, ROSARIO y EDUARDO

EDU. No sabes qué desgracia...
BALT. ¿La sabes tú?
EDU. Cuando te diga el nombre.
BALT. (Con ansia.) ¡Dímelo!
ROS. Magdalena...
EDU. Magdalena... ¿adivinas ya?...
BALT. (Descorazonado.) Magdalena, sí... habla, habla.
ROS. Ibamos á las carreras, cuando vimos un grupo en la calle: no se podía pasar...
EDU. Yo bajé á enterarme.
ROS. Un atropello...
EDU. Magdalena despedazada.
ROS. Un carro enorme...
BALT. (Aparte.) El carro de la ley... No fué atropello.
EDU. Tú crees...
ROS. ¿Que se ha matado?
BALT. Sí, pero no decirlo. Su cuerpo ya ganó el descanso.
ROS. ¡Infeliz!
BALT. Ahora, no; antes.
EDU. Era en vano intentar nada: la acompañamos hasta el depósito.
ROS. Fuimos á casa de Juan para prevenirle...
EDU. Y Juan ha desaparecido.
ROS. Dejó una carta diciendo que se volvía al Brasil.
BALT. ¿Y Magdalena ignoraba su marcha?
EDU. Mi opinión es que no debía saberlo; porque según referencias de la misma casa, ella salió después que su marido; Juan volvió al poco tiempo, escribió la carta; arregló una maletilla de mano, y se fué con el señor que le acompañaba.
ROS. Nosotros supusimos que debía ser cosa de ustedes el viaje.

BALT. ¿Por qué?
ROS. Por el interés que tenían en que se fueran... (Eduardo le hace señas de que calle y ella no le ve.) y como el acompañante, el que precipitaba la marcha era don Gerardo...
BALT. ¡Ese es el nombre!
ROS. (Inocentemente.) Sí; Gerardo.
BALT. Ese es el nombre.
ROS. ¿Qué le pasa?
EDU. Rosarito; los nombres propios deben suprimirse en todas las historias.
ROS. Pero aquí no comprendo...
EDU. Como teoría general.
BALT. (Volviendo.) Dispense usted, Rosario, me impresionó tanto esa noticia...
ROS. ¿Y Carlota?
BALT. ¿Carlota? En su cuarto.
EDU. ¿Quieres algo?
BALT. Encárgate de cuanto necesite Magdalena, mejor dicho, de cuanto necesiten los hombres para dejar en paz á una desdichada.
EDU. Descuida.
BALT. Y avisarme cuando llegue la hora de acompañarla.
EDU. Vendré por tí.
BALT. Adiós, Rosario.
ROS. Procure usted darle la noticia á Carlota...
BALT. Ya sé; ya sé como se dan las noticias crueles...
ROS. Y ella que es tan impresionable...
BALT. Tan impresionable... sí... sí... (Vanse Rosario y Eduardo.)

ESCENA XI

BALTASAR y CRIADA

BALT. Gerardo, ese es el nombre, Gerardo... Yo le buscaré. Resolvamos este problema serenamente, que el porvenir vale la pena de una hora de frialdad. Una hora rabiosa de an-

gustia y de cólera, pero fría, fría, fría. (A la Criada.) A la señora que haga el favor de venir. La ira en mí puede ser razón en ella. (Al cielo.) Si algo merece mi vida entera de honradez y de trabajo, dame un puñado de nieve para mi corazón en este momento. Ahí está... El drama de nuestras existencias unidas, se desenlaza aquí... escena última...

ESCENA ULTIMA

BALTASAR y CARLOTA

BALT. Pasa. (Carlota se queda inmóvil, él cierra la puerta.) He sido débil en tolerar todos tus caprichos; fuí complaciente en demasía, y por mi culpa, caíste en tu culpa. Lo reconozco; es muy tardío; pero lo reconozco con la pesadumbre inmensa de lo inevitable.

CAR. Manda.

BALT. Nuestra unión ha terminado. Entre nosotros no cabe más que el odio; y cuando quiera Dios, el olvido.

CAR. Estoy pronta á obedecerte: dispón de mí. ¿Quieres recluirme?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres arrojarme de casa?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres matarme?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres... quieres que desaparezca por mí misma?

BALT. No.

CAR. ¿Quieres perdonarme?

BALT. Repítelo, repítelo.

CAR. ¿Qué quieres de mí entonces?

BALT. De tí, nada; de mí pretendo un sacrificio cruel, pero indispensable... Verte, hablarte, y oir que me respondas. Escúchame bien, Carlota.

CAR. Habla, que de tí estoy pendiente.

BALT. Hace ya mucho, hace ya una eternidad, desde que confesaste tu delito, que estamos desligados el uno del otro.

CAR. Es justo.

BALT. Y la vida á dos es ya imposible.

CAR. Separémonos, pues.

BALT. Sí, debemos separarnos. Pero como has de llevar tus ropas, tu ajuar y tu dote misma, quiero que lleves honradez también. No te echaré á la calle, saldrás tú. Tú me acusarás ante los tribunales...

CAR. Yo no podré acusarte nunca.

BALT. Si no me hubieras acusado ya de algo en tu fuero interno, no habrías podido engañarme así. Me acusarás ante los tribunales. (Pausa.) Yo reconoceré mi culpa. Oye las condiciones. Hoy te pones enferma.

CAR. Poco fingiré...

BALT. Mañana te aconseja el médico otro clima dentro de ocho días saldremos de Madrid, para Holanda ó Suiza.

CAR. ¿Y Carlota?

BALT. Los tres; nuestra hija entrará en un pensionado; nosotros la veremos el día primero de cada mes, y jamás, jamás, jamás se pronunciará una frase dudosa, que la permita sospechar un desacuerdo entre sus padres.

CAR. Jamás.

BALT. Que ignore siempre y no tendrá que avergonzarse nunca.

CAR. Manda como quieras, eres generoso... y marchar hoy, mañana...

BALT. Necesito arreglar mis asuntos; y aún no es del todo definitiva la marcha.

CAR. Explícate.

BALT. Está en lo posible que resuelvas lo que te parezca, sin tener que dar á nadie explicaciones de tus actos.

CAR. No me martirices con incertidumbres.

BALT. ¿Querrás creer que me pusieron reparos á una cuenta? Es una ofensa tal, que exige reparación inmediata.

CAR. ¿Una explicación?

BALT. No basta,

CAR. ¿Un duelo?

BALT. Sí.

CAR. ¿Con quién?

BALT. Con quien puso en duda mi firma.

CAR. ¿Como director de la mina?

BALT. Exactamente.

CAR. Baltasar... (Abrazándole.)

BALT. (Rechazándola.) No, no... tocarme no.

CAR. Y te bates con...

BALT. Dí el nombre.

CAR. ¡Baltasar!

BALT. No es ese...

CAR. Por nuestra hija...

BALT. Si puedo marchar, cuando transcurra el plazo para naturalizarnos en Bélgica, presentarás la demanda de divorcio. (Carlota quiere acercarse, él la rechaza.) Aunque las leyes te concederán la tutela de Carlota, queda entendido que renuncias á ella.

CAR. Te juro por la salvación de mi alma...

BALT. No jures; ya sé á qué atenerme.

CAR. Pero no me arranques de España.

BALT. Volverás pronto.

CAR. Déjame.

BALT. Libre... libre...

CAR. ¡Si pudieras ver dentro de mí cómo la vergüenza me ha cogido entera, te daría lástima!... ¡Si pudieras ver cómo mis pensamientos se concentran todos en tu voluntad futura, me dejarías esperanza: si te mostraras como eres, generoso y bueno!...

BALT. No.

CAR. Yo no renuncio á mi salvación.

BALT. El escándalo me mortifica, pero si me obligas... escoge.

CAR. ¡Prefiero morir!

BALT. Anda, sal, mira á Magdalena despedazada, mira la muerte como es y luego vuelve á decirme si aún piensas en morir.

CAR. ¡Magdalena ha muerto!... (Horrorizada.)

BALT. ¡Chis... silencio! Que aún puede oirte y profanarías un reposo que apenas ha empezado... silencio... ¡Estas miserias de dos seres encadenados, con la discordia en medio, no

tienen más solución que la de Magdalena para los oprimidos, y la de expatriarse para los que aún tienen fe en el porvenir! (Pausa larga, Carlota solloza.) Dentro de ocho días saldremos de Madrid.

TELON

Obras del mismo autor

El camino de la gloria.
Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

La ciencia de los hombres.
Comedia en tres actos y en verso, estrenada en el teatro Español.

Aire de fuera.
Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.
Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

María Victoria.
Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.
Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español.

La estirpe de Júpiter.
Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.
Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia.

La cizaña.
Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara.

Lo posible.
Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

Los ejemplares de esta obra se halla de venta únicamente en el Despacho Cen tral, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas